



Enrique Vila-Matas, *Kassel no invita a la lógica*, Barcelona, Seix Barral, 2014, pp. 302.

El proceso de gestación de un libro como *Kassel no invita a la lógica* comienza en el verano del año 2012, cuando Enrique Vila-Matas recibe un llamado telefónico de la colaboradora de Chus Martínez y Carolyn Christov-Bakargiev, comisarias de la feria alemana de arte contemporáneo Documenta 13, quienes desean invitar al escritor a participar en la histórica *kermesse* de las vanguardias artísticas más radicales. El motivo del contacto es sencillo: al escritor se le pide que a finales del verano de 2012, a lo largo de tres semanas, pase todas las mañanas sentado en un restaurante chino, el Dschingis Khan, en las afueras de Kassel.

Una vez allí, y una vez ocupado su lugar en la mesa del Dschingis Khan, el autor de *Bartleby y compañía* y de *Doctor Pasavento* debería solo preocuparse de escribir a la vista del público. Eso es, transformarse en una obra de arte viviente, en calidad de «escritor residente», en un espacio público suburbial.

Cuenta el escritor que en el momento en que recibió la propuesta, tuvo la impresión «de estar viviendo una vez más el comienzo de un viaje que podía acabar convirtiéndose en un relato escrito en el que, como era habitual, mezclaría perplejidad y vida suspendida, para describir el mundo como un lugar absurdo al que se llegaba mediante una invitación muy extravagante» (Vila-Matas, E. 2014: 13). Nada más llegar a Kassel, Vila-Matas empieza una peregrinación entre instalaciones artísticas extremas, que le transmiten al escritor la sensación de estar entrando en un túnel de narraciones sin epílogos.

El libro que nace de la experiencia en Kassel es el resultado de los largos paseos de Vila-Matas por la exhibición, paseos que lo convierten en una suerte de antropólogo que se obstina en comprender los rituales y los hábitos de tribus misteriosas. Durante semanas, el libro se va gestando a partir de los apuntes que el escritor barcelonés redacta, a la manera de un Robert Walser contemporáneo: de esos apuntes de paseante solitario, escritos en forma de diario, nace un volumen marcado por una ironía y un humor de fondo, y que se presenta al mismo tiempo como una autobiografía, un texto de ficción, un diario de viaje y un lúcido ensayo.

El resultado de ese intento de descifrar un mundo que se abre a una lógica desconocida es un volumen basado en una combinación genérica en gran medida deliberada, que dialoga –según el mismo Vila-Matas admite– con el ejemplo de Miguel de Cervantes y Laurence Sterne.

El escritor se va convirtiendo en un observador que rescata, quizás de forma inconsciente, la tradición de los «escritores de arte», que se había empezado a afirmar en Italia durante el Humanismo y que, después del ejemplo de Giorgio Vasari, había encontrado nuevos estímulos a partir de la etapa de surgimiento de las vanguardias históricas.

Un libro como *Kassel no invita a la lógica* puede leerse como una suerte de invitación que Vila-Matas dirige a los intelectuales de su época para que sigan manteniendo vivo el fecundo diálogo entre el arte plástico y la escritura. El autor de *Dietario voluble* y *Dublinesca* hace hincapié en cómo a lo largo del siglo XX el quehacer literario se ha ido progresivamente acercando a extremos de especialización sectorial y a una «profesionalización» exasperada, que han producido en la mayoría de los escritores la sensación falaz de poder considerarse como creadores independientes. Ante esta postura, lo que intenta subrayar Vila-Matas es la exigencia de una vuelta de tuerca, necesaria para reaccionar ante la amenaza de un empobrecimiento conceptual de la escritura, y para que el escritor salga de su aislamiento, implementando una confrontación positiva con otros lenguajes.

El paseante solitario, en Kassel, se encuentra rodeado de rarezas que no siempre logra comprender, y de maravillas y lenguajes artísticos secretos cuyos contenidos intenta traducir en su diario. Apoyado en una incontenible curiosidad y en el deseo de superar los prejuicios sobre el arte contemporáneo, Vila-Matas no se propone crear un ensayo de historia del arte y se limita a autodefinirse como un ingenuo *flaneur* perdido en un paisaje labiríntico.

Antes de emprender el viaje, el escritor había confesado a sí mismo: «lo más probable era que yo tuviera un viejo y burdo prejuicio contra el arte contemporáneo y fuera de los que creían que éste en la actualidad era un verdadero desastre o una tomadura de pelo» (Vila-Matas, E. 2014: 15). Consciente del peligro que se oculta detrás de todo prejuicio, Vila-Matas decide adoptar la mirada inocente del espectador que elige detener su atención solo en lo que desata su interés: no apunta a redactar un texto imparcial, álgido y aséptico, y confiesa que, una vez llegado a Kassel, su propósito ha residido solo en evaluar sin condicionamientos ni restricciones mentales lo que le gustaba y lo que no coincidía con su gusto. Detrás de esta actitud, naturalmente, se esconde también un afán –solo en parte oculto– que apunta a ilustrar «desde dentro» los

mecanismos de un mundo cuya condición de intraducibilidad es un excelente pretexto para formas de picardía conceptual.

Y sin embargo, nos dice Vila-Matas, es precisamente en la dificultad de comprensión de un cierto mensaje artístico contemporáneo donde reside la fascinación de los nuevos lenguajes: la falta de comprensión abre de par en par las puertas que llevan al escritor hacia lugares por los que nunca antes había transitado. Y es en aquellas obras de arte incomprendidas (al menos en parte) donde reside el verdadero mensaje polisémico que una pintura de Vermeer o Rembrandt ya no posee.

A partir del momento en que ha aceptado participar en Documenta y convertirse en una instalación artística viviente, el escritor catalán no solo transforma sus paseos por los espacios de representación de las nuevas vanguardias en una confrontación sin prejuicios con un arte que es «una novela que no prevé conclusiones», sino que se concede una serie de gestos de rasgos dadaístas. Piensa en su libro como en una novela-*performance*, y sobre todo inventa en *Kassel no invita a la lógica* algunas instalaciones, como *The Last Season of the Avant-Gards*: un caballete de pintor que sostiene un lienzo inconcluso del que se desprenden aforismos.

En este intercambio con nuevos idiomas artísticos reside el mensaje clave del libro, en la fuerza del arte de vanguardia, que reside precisamente –nos dice el escritor– en la posibilidad de no ser calificados como vanguardistas, de rechazar lo convencional, de no dar nunca nada por supuesto, de actuar como si nunca antes se hubiera producido un hecho artístico, de cambiar la historia de la formas. Y esto es posible, sostiene Vila-Matas, porque la tarea de definir quiénes son los artistas de vanguardia no les toca a los intelectuales de hoy, sino a los que vendrán después.

Giuseppe Gatti Riccardi